

Discipulado emocionalmente sano

*Pasar del cristianismo superficial
a la transformación profunda*

Peter Scazzero

ELOGIO A *DISCIPULADO EMOCIONALMENTE SANO*

«Una nueva generación de líderes tiene el deber de ayudar a la iglesia a ocupar su papel profético como una comunidad que supera las barreras raciales, culturales y de clases en Cristo. En su obra *Discipulado emocionalmente sano*, Scazzero nos presenta una forma bíblica y probada de lograrlo».

Dr. John M Perkins

Fundador y presidente emérito

Fundación John & Vera Mae Perkins

Asociación para el Desarrollo de la Comunidad Cristiana

Curso de discipulado emocionalmente sano

Por Peter y Geri Scazzero

Una estrategia probada que lleva a las personas de un discipulado superficial a una profunda transformación en Cristo.

PRIMERA PARTE

Presentándoles a las personas una espiritualidad transformadora con Dios.



Espiritualidad emocionalmente sana

- Estudio en DVD de ocho sesiones con recursos para el apoyo de los líderes
- Guía de estudio
- Libro *Espiritualidad emocionalmente sana*
- *Espiritualidad emocionalmente sana Día a Día*

SEGUNDA PARTE

Habilidades prácticas para llevar a las personas a una espiritualidad transformadora con los demás.



Relaciones emocionalmente sanas

- Estudio en DVD de ocho sesiones con recursos para el apoyo de los líderes
- Guía de estudio
- *Relaciones emocionalmente sanas Día a Día*

TAMBIÉN DE PETER SCAZZERO

El líder emocionalmente sano
La mujer emocionalmente sana (con Geri Scazzero)

Discipulado emocionalmente sano

*Pasar del cristianismo superficial
a la transformación profunda*

Peter Scazzero



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

DISCIPULADO EMOCIONALMENTE SANO

Edición en español publicada por

Editorial Vida – 2022

Nashville, Tennessee

© 2022 por Editorial Vida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Publicado originalmente en EUA bajo el título:

Emotionally Healthy Discipleship

Publicado con Copyright © 2021 por Peter G. Scriver, Michigan 49530.

Todos los derechos reservados

Prohibida su reproducción o distribución.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio — mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario todas las citas bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas marcadas «NBLA» han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Biblia de las Américas © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso, www.NuevaBiblia.com.

Las citas bíblicas marcadas «NTV» han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

Traducción: *Andrés Carrodegua*

Adaptación del diseño al español: *Deditorial*

Diseño de cubierta: *En Vogue Studio Agency / Shutterstock*

ISBN: 978-0-82977-087-2
eBook: 978-0-82977-088-9
Número de Control de la Biblioteca del Congreso: 2022933457

Edición Epub Abril 2022 9780829770889

CATEGORÍA: Religión / Ministerio cristiano / Discipulado

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

2 2 2 3 2 4 2 5 2 6 2 7 2 8 L S C 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Ebook Instructions

In this ebook edition, please use your device's note-taking function to record your thoughts wherever you see the bracketed instructions [Tus Notas] Use your device's highlighting function to record your response whenever you are asked to checkmark, circle, underline, or otherwise indicate your answer(s).

Information about External Hyperlinks in this ebook

Please note that the endnotes in this ebook may contain hyperlinks to external websites as part of bibliographic citations. These hyperlinks have not been activated by the publisher, who cannot verify the accuracy of these links beyond the date of publication

*A todos los pastores y líderes del mundo
que sirven a Jesús y su iglesia.*

Contenido

Cubrir

Página del título

Derechos de autor

El difícil camino que lleva más allá de un discipulado superficial

PRIMERA PARTE: El estado actual del discipulado

Capítulo 1: Los cuatro fallos que socavan la profundidad del discipulado
Capítulo 2: La evaluación personal del discipulado emocionalmente sano

SEGUNDA PARTE: Las siete señales del discipulado sano

Capítulo 3: Estar antes que hacer

Capítulo 4: Sigue al Jesús crucificado, no al americanizado

Capítulo 5: Acepta el don de los límites de Dios

Capítulo 6: Descubre los tesoros escondidos en la aflicción y la pérdida

Capítulo 7: Haz del amor la medida de la madurez

Capítulo 8: Quebranta el poder del pasado

Capítulo 9: Lidera a partir de la debilidad y la vulnerabilidad

La puesta en práctica del discipulado emocionalmente sano

Apéndice A — Revolución en la cultura de la iglesia: una visión en seis partes

Apéndice B — El Credo Niceno (con anotaciones)

Reconocimientos

Notas

El difícil camino que lleva más allá de un discipulado superficial

Mi caminar en el discipulado comenzó a los diecinueve años de edad, cuando un amigo me invitó a un concierto cristiano y le entregué mi vida a Cristo. De inmediato me uní a la confraternidad cristiana de nuestra universidad y comencé a asistir a los estudios bíblicos entre tres y cuatro veces por semana. Devoraba las Escrituras durante dos o tres horas al día.

Le presentaba el evangelio a todo el que podía y participaba en cuanto programa de discipulado podía hallar a mi alcance.

La mejor manera de describirme en esos momentos era como alguien voraz. ¡Era espiritualmente insaciable! Nunca me parecía suficiente lo que había aprendido acerca de Jesús. Me habían discipulado en cuanto a cómo estudiar las Escrituras, orar, compartir la gracia del evangelio con claridad, descubrir y usar mis dones espirituales y crecer en lo que respecta a tener el corazón de Dios por los pobres y marginados del mundo.

Después de graduarme en el colegio universitario, di clases de inglés en la escuela secundaria y me uní al personal de la InterVarsity Christian

Fellowship, un ministerio que funciona dentro de las universidades e institutos. Aquellos días de labor paraeclesialística ampliaron mis capacidades en el ministerio práctico y aumentaron mi conocimiento de las Escrituras.

Sentía tanta hambre de Dios que comencé a aprender de memoria libros enteros de la Biblia: Efesios, Colosenses, Filipenses. . . Pero aquello era muy poco si se compara con lo logrado por uno de mis compañeros de trabajo, que había aprendido enteros de memoria los dieciséis capítulos de Romanos.

Este profundo apetito por aprender más me llevó a dos destacados seminarios de los Estados Unidos: el Seminario Teológico de Princeton y el Seminario Teológico Gordon-Conwell. Me encantaron todos los momentos

de los tres años que pasé allí. Aprendí a estudiar la Biblia en sus lenguas originales, al mismo tiempo que aprendía historia de la iglesia, teología sistemática y hermenéutica. Era de inmenso provecho aprender estas materias y sentirme retado por varios de los mejores teólogos en los Estados Unidos.

Seis meses antes de la graduación, Geri y yo nos casamos. Entonces nos mudamos a Costa Rica para aprender español. Allí vivimos durante todo un año con una familia que tenía diez hijos. Ninguno de ellos hablaba inglés y nosotros no sabíamos nada de español. Después de pasado nuestro año, regresamos a los Estados Unidos. Entonces, en septiembre de 1987, comenzamos la iglesia New Life Fellowship en una sección de Nueva York multiétnica, con trabajadores mayormente inmigrantes.

Yo era líder y me podía comunicar bien. Me encantaba hablar del evangelio y enseñar. Sentía amor por Jesús. Y me consideraba sólido como la roca en cuanto a mi fe, además de ser un creyente maduro.

Sin embargo, no lo era.

ALGO NO MARCHABA BIEN

Nuestro primer culto de adoración comenzó con solo un puñado de personas, pero Dios se movió poderosamente en esos primeros años y la iglesia creció con rapidez. Puesto que yo hablaba español, comenzamos una congregación hispana en nuestro tercer año. Al final del sexto año había unas cuatrocientas personas en la congregación de habla inglesa, más otras doscientas cincuenta en nuestra congregación de habla hispana. También

habíamos iniciado las iglesias más. Dios nos enseñó mucho sobre la oración y el ayuno, la sanidad de los enfermos, la guerra espiritual, los dones del Espíritu Santo y las formas de escuchar la voz de Dios. Las personas se estaban convirtiendo en cristianos, y centenares estaban comenzando una relación personal con Jesucristo. A los pobres se les servía de maneras nuevas y creativas. Estábamos desarrollando líderes, multiplicando los grupos pequeños, alimentando a los que no tenían hogar y abriendo nuevas iglesias.

Sin embargo, no todo estaba bien debajo de la superficie.

Tal parecía que estábamos reciclando las mismas inmadureces y conductas infantiles una y otra vez, en especial en el aspecto de los conflictos. Con el compromiso de superar las divisiones raciales,

económicas y culturales, nuestra incapacidad en cuanto a dedicarnos a tener conversaciones difíciles amenazaba con hacer descarrilar nuestra comunidad. No obstante, lo que más confundía era la falta de conexión existente en algunos de los miembros fundamentales, que ardían con pasión por Dios, y aun así eran considerados por los demás como críticos,

~~inseguros y poco agradables en el trato.~~

Aunque no me daba cuenta en esos momentos, muchas de las cosas con las que estábamos batallando como iglesia eran reflejo de mis propias luchas e inmadureces. Mi discipulado superficial se estaba reproduciendo en aquellos a quienes guiaba.

A pesar de que era emocionante estar en la iglesia, no producía gozo ser parte del liderazgo. . . sobre todo para Geri y para mí. Hubo muchos reemplazos entre el personal y los líderes, la mayoría de los cuales los atribuíamos en última instancia a la guerra espiritual y la intensidad de la fundación de iglesias en la ciudad de Nueva York. Se me dijo que eran los dolores del crecimiento y las consecuencias naturales que son comunes a todas las grandes organizaciones o negocios. Sin embargo, nosotros no éramos un negocio. Éramos una iglesia.

A pesar de todo esto, tanto Geri como yo estábamos conscientes de que nos faltaba algo. El corazón se nos estaba encogiendo. Sentíamos el liderazgo en la iglesia como una pesada carga. Estábamos ganando el mundo entero por estar haciendo una gran obra para Dios, pero al mismo tiempo estábamos perdiendo nuestras almas (Marcos 8:36).

Algo andaba profundamente mal. Yo soñaba en secreto con retirarme, a pesar de tener solamente treinta y tantos años. A pesar de nuestras constantes auditorías espirituales —nada de inmoralidad, nada de cosas sin perdonar, nada de codicia—, no era capaz de señalar con claridad la fuente de mi falta de gozo.

NOS ARRASTRAMOS HACIA UNA CRISIS

Nuestro apoyo comenzó a desplomarse cuando en 1993-1994 nuestra congregación de habla hispana pasó por una división y se desintegraron unas relaciones que yo consideraba sólidas como la roca. Nunca olvidaré la conmoción que sentí el día en que fui al servicio en español de la tarde y faltaban doscientas personas. Solo había cincuenta personas. Todos los

demás se habían marchado con uno de nuestros pastores hispanos para comenzar otra congregación.

A lo largo de las varias semanas que siguieron, una especie de fuerte oleada barrió con los miembros restantes de esa congregación. Los llamaban por teléfono exhortándolos a salir de la casa de Saúl (mi liderazgo) para pasar a la casa de David (lo nuevo, que Dios estaba haciendo). Las personas que había llevado a Cristo, disciplinado y pastoreado durante años se habían marchado. A muchos de ellos nunca los volvería a ver.

De repente me encontré llevando una doble vida. El Pete exterior trataba de darles ánimo a las personas desalentadas que quedaban en New Life. «¿Acaso no es asombroso que Dios use nuestros pecados para expandir su reino? Ahora tenemos dos iglesias en vez de una sola», proclamaba yo. «Ahora hay más personas que pueden llegar a una relación personal con Jesús. Si alguno de ustedes se quiere ir a esa iglesia nueva, que la bendición de Dios descansa sobre él».

Estaba mintiendo.

Iba a ser como Jesús (al menos, como el Jesús que había imaginado que él era), aunque muriera en el intento. Y así estaba sucediendo, pero no de una manera que fuera saludable ni redentora.

En mi interior, me sentía herido y lleno de ira. Esos sentimientos daban paso al odio. En mi corazón no había perdón alguno. Estaba repleto de rabia, y no me podía librar de ella.

Cuando iba solo en mi auto, solo con pensar en lo que había sucedido y en el pastor que había iniciado la división me sentía lleno de ira y se me hacía un nudo en el estómago. En pocos segundos venían las palabras maldicientes, las cuales volaban de manera casi involuntaria hasta mi boca: «Eres un @#&%» y «Estás lleno de \$*#%».

MI PRIMERA PETICIÓN DE AYUDA

«Hacerme pastor es la peor decisión que pude haber tomado en mi vida», le decía a Dios en oración.

Buscaba ayuda con desespero. Al fin, un buen amigo en el pastorado me guio hasta un consejero cristiano. Geri y yo fuimos a verlo. Era el mes de marzo de 1994.

Me sentía totalmente humillado. Solo tenía ganas de salir corriendo. Iba como un niño que se dirige a la oficina del director de su escuela. «La consejería es para la gente que está hecha un desastre», me quejaba a Dios. «Yo no. ¡Yo no estoy tan echado a perder!».

Hacer una pausa para reflexionar en el estado de mi alma fue algo que me hizo sentir asustado y liberado a la vez. En esos momentos, creía que todos mis problemas estaban motivados por la tensión y la complejidad de la ciudad de Nueva York. Culpaba a Queens, mi profesión, mis cuatro hijas pequeñas, Geri, la guerra espiritual, otros líderes, la falta de cobertura en oración, e incluso nuestro automóvil (se nos había descompuesto siete veces en tres meses). Cada vez, estaba seguro de haber identificado la causa radical de todo.

No había sido así. Las raíces de todo estaban dentro de mí mismo. Pero aún no las admitía, o no quería admitirlas.

Los dos años siguientes estuvieron marcados por una lenta caída al abismo. Me sentía como si un agujero sin fondo fuera a tragarme. Clamaba a Dios pidiéndole que me ayudara, que me cambiara. Sin embargo, tal parecía como si Dios cerrara el cielo ante mi clamor en lugar de responderme.

Las cosas fueron de mal en peor.

Yo seguí predicando cada semana y trabajando como pastor principal, pero mi seguridad en cuanto a ser líder había quedado totalmente sacudida por la división producida en la congregación hispana. Contraté a más miembros en el personal y les pedí que dirigieran ellos, lo cual hicieron. ¿Acaso no había fallado yo miserablemente? Sintiendo que ellos lo podrían hacer mejor, dejé que comenzaran a reorganizar la iglesia.

Asistía a conferencias de liderazgo para aprender sobre la guerra espiritual y la forma de alcanzar a toda una ciudad para Dios. Asistía a «reuniones de renovación» en otras iglesias. Si había una forma de recibir más de Dios, yo quería hallarla. También asistía a conferencias proféticas en otros estados, donde recibía una serie de profecías personales alentadoras. Intensifiqué las reuniones de oración de las mañanas en New Life. Reprendía a los demonios que querían destruir mi vida. Oraba pidiendo un avivamiento. Buscaba el consejo de numerosos líderes de iglesias de fama nacional.

Sentía que personalmente iba progresando. Tal vez aún no fuera visible, pero algo estaba sucediendo. Al menos eso pensaba. En cambio, para Geri

las cosas eran como habían sido a lo largo de todo nuestro matrimonio: lamentables.

GERI SE MARCHA DE LA IGLESIA

En la segunda semana de enero del 1996, Geri me dijo que había decidido marcharse de la iglesia. Estaba cansada de sentirse como una madre soltera criando a cuatro hijas, y estaba cansada de las crisis constantes de la iglesia. Con toda serenidad declaró: «Me marchó de la iglesia. Esta iglesia ya no me da vida. Me da muerte».¹

Finalmente, yo había tocado fondo. Les notifiqué a nuestros ancianos mi nueva crisis. Ellos acordaron una semana de retiro intensivo para nosotros con alguna ayuda profesional para ver si Geri y yo podíamos resolver la situación.

Al cabo de varias semanas nos fuimos a un centro cristiano de consejería. Teníamos la esperanza de salir de nuestras presiones del momento y alcanzar algo de objetividad con respecto a la iglesia. Yo esperaba que Dios arreglara a Geri; ella esperaba que Dios arreglara la iglesia, y ambos teníamos la esperanza de que nuestros sufrimientos terminaran pronto.

Nos pasamos la semana siguiente con dos consejeros. Aquella pequeña y breve comunidad cristiana era lo suficientemente segura para que nos diéramos permiso a fin de expresarnos el uno al otro nuestros sentimientos escondidos.

Lo que no esperábamos era una experiencia espiritual auténtica con Dios. En mi caso, todo comenzó de la manera más extraña. Geri y yo habíamos estado hablando hasta altas horas de la noche. A eso de las dos de la mañana, ella me despertó, se incorporó en la cama, y con unas pocas palabras bien escogidas me hizo saber todo. Por vez primera me dijo la verdad brutal sobre lo que ella sentía con respecto a mí, nuestro matrimonio y la iglesia.

Aunque su explosión resultó dolorosa, fue una experiencia liberadora para nosotros dos. ¿Por qué? Porque ella se había despojado del pesado barniz espiritual de «ser buena» que le impedía mirar directamente la verdad acerca de nuestro matrimonio y nuestras vidas.

Yo la escuché. Ella me escuchó.

Reflexionamos en las vidas de nuestros padres y sus matrimonios. Yo miré con toda honestidad lo que era New Life Fellowship. La iglesia reflejaba con claridad las disfunciones de mi familia de origen.

Ninguno de los dos había pensado nunca antes que tenía permiso para sentirse así.

Lo que descubrimos fue que nuestro discipulado, que a nosotros nos parecía auténtico, era superficial, solo tenía unos pocos centímetros de profundidad. Aunque ambos habíamos sido cristianos durante más de diecisiete años, el discipulado que conocíamos y practicábamos solo había penetrado de manera superficial en nuestra personalidad. Con todos mis estudios y mi trasfondo en la oración y la Biblia, era una gran sorpresa darnos cuenta de que había capas enteras de mi vida que no habían sido tocadas por Dios.

¿Cómo podría ser esto posible? Yo había hecho todo lo que me habían enseñado los pastores y los líderes en cuanto a seguir a Jesús. Era fiel,

estrégalo, absolutamente comprometido con el Espíritu Santo. ¿Cómo era posible que mi vida personal y mi matrimonio, así como mi discipulado, se hubieran atascado tanto mientras me esforzaba por seguir a Jesús? ¿Dónde estaba el poder explosivo de Dios?

Sentía como si algo hubiera muerto dentro de mí, en especial en lo relativo a mi fe y mi papel como líder. Sin embargo, esta experiencia que inicialmente había sentido como una muerte demostró en cambio ser el comienzo de un camino y el descubrimiento de una relación con Dios que transformaría nuestras vidas, nuestro matrimonio, nuestra familia, nuestra iglesia y miles de iglesias más en el mundo entero.

Descubrí que el problema no era la fe cristiana en sí, sino más bien la forma en que nosotros habíamos sido discipulados y estábamos formando discípulos.

REVESTIDOS DE DISCIPULADO

He aprendido mucho sobre albañilería con mi yerno Brett. Él se dedicó a este oficio, uno de los más antiguos de la historia, hace cinco años como aprendiz bajo un maestro albañil, y solo hace poco tiempo pasó al segundo nivel de entrenamiento, el nivel de oficial. Seguirá en este nivel durante

siete años o más, hasta que madure y pase al nivel de maestro albañil. ¡Todo su proceso de entrenamiento le podría tomar entre diez y quince años!

Teniendo en cuenta el lento y costoso proceso que se necesita para progresar de aprendiz a oficial y luego a maestro albañil, no es de sorprenderse que haya relativamente pocos maestros albañiles. Sin

embargo, cuando es un maestro albañil el que construye algo, esa estructura puede durar miles de años, incluso bajo unas duras condiciones climáticas. Vemos esto en las pirámides de Egipto, los castillos medievales y las granjas construidas con piedra de nuestros días.

Debido al gasto y al tiempo asociados con la extracción de la piedra, su corte y su transporte, y después la contratación de un maestro albañil, la industria de la construcción ha desarrollado alternativas más baratas a lo largo de los años. Para dar a la vista de las personas el aspecto de una piedra real, los constructores suelen usar una cobertura llamada «revestimiento».

El revestimiento cae en dos categorías generales: natural y sintético.

El natural es hecho a base de cortar piedras grandes de losas sobre las paredes exteriores de una casa o un edificio. Geri y yo instalamos hace poco un revestimiento de piedra en una pequeña sección alrededor de nuestra puerta del frente. Se ve y se siente como si fueran piedras reales pesadas que proporcionarían un apoyo estructural para la casa. Las personas se impresionan. Sin embargo, solo se trata de un fino recubrimiento lateral añadido por unos obreros sin ninguna experiencia en la albañilería.

En cambio, el revestimiento sintético se hace con materiales fabricados, como el cemento. Se ve y se siente como si se tratara de costosas piedras naturales, pero sin el alto costo del revestimiento de piedra natural (y no hablemos de la piedra pesada que usan los maestros albañiles). La instalación es rápida y fácil. Incluso hay marcas que clasifican sus productos como «hágalo usted mismo». Basta con ver un breve documental en YouTube para poderlos instalar.

En este punto, tal vez te estés preguntando por qué estoy hablando de forma poética sobre la albañilería y los revestimientos de piedra. La respuesta es sencilla: *gran parte del discipulado en la iglesia de hoy es el equivalente espiritual al revestimiento.*

En la superficie, todo parece real. Nuestra gente es alegre y optimista, llena de fe en que Jesús la ayudará a pasar por crisis y valles. Se animan espiritualmente por medio de conmovedoras experiencias de adoración y

deslumbrantes mensajes. Repetimos testimonios que contagian. Nos aseguramos de que nuestros grupos pequeños y nuestras reuniones de los fines de semana sean cálidos y acogedores, y de que haya la sensación de que estamos creciendo en las cosas nuevas que Dios quiere hacer en medio de nosotros.

El problema está en que ninguna de estas cosas son las pesadas piedras del camino de Jesús en el discipulado. Parecen ser las cosas reales que van a soportar las fuertes tormentas y las pruebas del tiempo, pero no lo son. Sí, nuestra gente participa en la adoración, escucha con atención los sermones y asiste a los grupos pequeños. Ellos sirven fielmente con frecuencia en diversos ministerios y apoyan económicamente. Sin embargo, su transformación en Cristo permanece al nivel de los simples revestimientos, un delgado barniz sobre una vida que aún necesita ser tocada por debajo de la superficie.

El discipulado del simple revestimiento describe con claridad los diecisiete primeros años de mi vida como base para la impresión de Jesús. Lamentablemente, aunque en la superficie mi discipulado era lo suficientemente buena, tenía grandes brechas en mi discipulado y mi liderazgo. Durante un tiempo, aquello estuvo bien, porque mis dones y mi celo cubrieron mucho de lo que faltaba en la superficie. Pero al cabo de poco tiempo, la fina capa de mi discipulado, junto con la de mi iglesia, quedarían al descubierto para mostrar lo que eran en realidad.

LA PESADA PIEDRA DEL DISCIPULADO EMOCIONALMENTE SANO

El discipulado emocionalmente sano es una invitación a dar un cambio radical hacia lo real: un discipulado que sea de piedra realmente pesada.

Sí, el proceso es crudo, complicado y pesado. Sin embargo, como la albañilería real, es el que perdura.

En su esencia, el discipulado emocionalmente sano (DES) es una teología bíblica que, cuando se pone totalmente en práctica, les da forma a todos los aspectos de una iglesia, un ministerio o una organización. Es una estructura de discipulado construida con piedras pesadas, de manera que las personas florezcan, incluso en medio de las crisis y las convulsiones que se producen alrededor de ellas. Más concretamente, el discipulado emocionalmente sano:

- Hace más lenta nuestra vida para cultivar una profunda relación personal con Jesús en medio de las carreras y las distracciones que nos sobrecargan de manera constante.
- Ofrece directrices para determinar hasta qué punto los valores y las metas de la cultura occidental han puesto en peligro, o incluso refutado, el llamado radical de Jesús a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo.
- Hace provisión para que nos rindamos ante el don de los límites de Dios en nuestra vida, en lugar de luchar contra ellos.
- Integra la tristeza y la pérdida en nuestra jornada para seguir a Jesús. Como consecuencia, ya no nos perdemos los tesoros que Dios ha escondido dentro de ellas.
- Nos proporciona criterios claros con el fin de medir la madurez espiritual a partir de la forma en que estamos creciendo en nuestra capacidad para amar a los demás.
- ~~Presenta la forma en que nuestro discipulado del presente. Nuestra historia~~
~~personal influyen en nuestro discipulado del presente. Nuestra historia~~
 con un arreglo fácil nuestros patrones y traumas profundos del pasado.
- Abraza la debilidad y la vulnerabilidad como fundamentales para el acceso al poder de Dios y el ofrecimiento de su amor al mundo.

Antes de haber comprendido esto, yo, como la mayoría de los líderes de las iglesias, trabajaba más fuerte y añadía nuevas iniciativas cuando las personas se atascaban en su discipulado. No me daba cuenta de que el problema estaba en nuestra manera de hacer discípulos y en la calidad de los materiales que usábamos. Esos materiales estaban limitados en su capacidad para apartar a las personas de una serie de aspectos de sus vidas. Como consecuencia, si redoblaba mis esfuerzos y hacía lo mismo una y otra vez, aunque con mayor intensidad, solo creaba una confusión mayor en cuanto a la razón por la cual ese mayor esfuerzo rendía tan poco fruto a tan largo plazo.

No fue sino hasta que pasé por un fracaso a nivel de todo el edificio — en lo personal y en nuestro ministerio— que al fin me di cuenta de que el problema estaba en los materiales mismos. Lo que necesitábamos era una manera totalmente nueva de hacer el discipulado que funcionara por debajo de la superficie de la vida de las personas, de modo que pudieran experimentar una transformación profunda y causar como resultado un

impacto sostenible y a largo plazo en el mundo. Necesitábamos un modelo que fuera transformador.

A lo largo de los veinticinco años siguientes, Geri y yo, y nuestro equipo de la iglesia New Life Fellowship, nos embarcamos en un viaje de investigación, estudio y crecimiento personal deliberado. Buscamos

sabiduría y principios bíblicos al aprender todo lo que pudimos acerca de la transformación: teorías sobre sistemas de familia, movimientos y espiritualidad monásticos, las contribuciones de la iglesia mundial, dos mil años de historia eclesiástica, teología histórica, estudios sobre matrimonio y familia, neurobiología interpersonal, ministerio a los pobres y marginados, espiritualidad cuántica, solo por mencionar unas cuantas cosas, al mismo tiempo que pastoreábamos una iglesia local en la ciudad de Nueva York.

Nuestra meta consistía en pasar del modelo tradicional del discipulado a otro que fuera transformador, en el cual las personas experimentarían un cambio profundo. Las gráficas siguientes manifiestan el contraste entre el

modelo tradicional y el modelo transformador, y mejorando este modelo transformador (al que le llamamos Discipulado Emocionalmente Sano) durante décadas. Nuestra iglesia ha servido como suelo fértil donde llevar a la realidad y refinar todo esto de maneras prácticas. Ha servido como un crisol a medida que nos comprometíamos a la dura tarea de atravesar barreras de raza, clase y género para vivir juntos como una comunidad en la cual hemos tenido personas de más de setenta y cinco naciones.



También hemos disfrutado el privilegio de llevar el Discipulado Emocionalmente Sano a miles de iglesias, tanto en Norteamérica como en el resto del mundo. Algunas perspectivas y sugerencias valiosas procedentes de estos contactos han moldeado, perfilado y perfeccionado lo que leerás en las páginas que siguen.

Al escribir este libro tengo la esperanza de que asumas el riesgo de construir de una manera diferente, tanto en tu vida personal como en tu iglesia. El Discipulado Emocionalmente Sano te ofrece una nueva perspectiva, un cambio de paradigma, una visión que te permita edificar una contracultura espiritual que dé forma a todos los aspectos de la vida en tu iglesia y tu comunidad, lo cual incluye el desarrollo del liderazgo y los equipos, los ministerios hacia los matrimonios y los solteros, la educación de los hijos, la predicación, los grupos pequeños, la adoración, los ministerios de jóvenes y niños, el equipamiento, la administración y la labor de alcance.

¿Acaso va a significar un reto la puesta en práctica de todo esto? Por supuesto. ¿Te va a llevar mucho tiempo? Claro que sí. ¿Va a ser algo doloroso? Sí. No obstante, sí te puedo asegurar algo. Este caminar con Jesús va a ser tan fructífero que nunca vas a estar dispuesto a cambiarlo por la delgada cobertura del discipulado de solo una capa.

LA LECTURA DE *DISCIPULADO EMOCIONALMENTE SANO*

Escribir *Discipulado emocionalmente sano* ha sido todo un viaje en sí mismo. Escribí una primera edición de este libro hace ya dieciocho años y le puse por título *La iglesia emocionalmente sana*. Si has leído alguno de los otros libros que hemos escrito Geri y yo desde entonces, sabes que Dios ha ido aguzando y refinando nuestro pensamiento a lo largo de los años. Tanto así, que sabía que limitarme a poner al día *La iglesia emocionalmente sana* sería algo inadecuado para captar todos los detalles. Se necesitaba un libro totalmente nuevo. Aunque esta edición revisada y puesta al día retiene en parte el contenido fundamental de la primera edición, alrededor del setenta y cinco al ochenta por ciento es nuevo. Si leíste hace años el primer libro, ahora encontrarás muchas ideas nuevas que han surgido en los años siguientes a medida que vivíamos este material.

Escribí cada una de las páginas de este libro contigo en mente. Cualquiera que sea el papel que desempeñes —pastor principal, miembro del personal de la iglesia, líder de un ministerio, anciano/diácono miembro de la junta, becario, líder de denominación o paraeclesial, miembro del equipo de adoración, administrador, miembro del personal de apoyo, misionero o líder local— te imagino sentado al escritorio, frente a donde yo estoy escribiendo mientras ambos tomamos una taza de café. Amo a la iglesia y comprendo lo desafiante y difícil que es ser líder en el mundo de hoy.

Tengo la esperanza de que tú y tu equipo se desarrollen espiritual, teológica y emocionalmente mientras leen.

Mi meta no es otra que presentarte una nueva forma de hacer discipulado en la iglesia. No obstante, es importante que consideres el viejo adagio: «Como vaya el líder, así irá la iglesia». Dirigimos a partir de lo que

somos, más que a partir de lo que hacemos o decimos. De manera que, si bien mi enfoque está en la iglesia como un todo, todo cambio significativo

que tengas la esperanza de experimentar en tu iglesia tiene que comenzar necesariamente por ti y todos los demás líderes de tu congregación, tanto del personal como entre los voluntarios. Es así que la transformación personal causa un impacto en la congregación como un todo, para penetrar después en el mundo.²

Los capítulos de este libro están organizados en dos partes:

Primera parte: El estado actual del discipulado

Segunda parte: Las siete características de un discipulado emocionalmente sano

En la [primera parte](#) exploraremos las cuatro causas primarias de un discipulado superficial: dar lo que no poseemos, impedir la madurez emocional y espiritual, ignorar las riquezas de la iglesia histórica y tener una definición equivocada del éxito. También tendrás una oportunidad de realizar una evaluación de tu madurez emocional/espiritual, para comprender mejor en qué punto de tu propio discipulado te encuentras en estos momentos.

En la [segunda parte](#) examinaremos las siete características de un discipulado emocionalmente sano: estar antes que hacer, seguir al Jesús crucificado y no al americanizado, aceptar nuestros límites como un don de Dios, descubrir los tesoros escondidos en la aflicción y la pérdida, hacer del amor la medida de nuestra madurez, quebrantar el poder del pasado, y liderar a partir de la debilidad y la vulnerabilidad. Si tenemos la esperanza de llegar a multiplicar discípulos y líderes profundamente transformados,

estas realidades teológicas deben convertirse en parte de la fibra que les da forma a nuestra vida y a la cultura de nuestro ministerio.

Por último, analizaremos una estrategia a largo plazo que te ayudará a llevar a la práctica el discipulado emocionalmente sano en tu iglesia o ministerio. Esto incluye permitir que el cambio comience por ti y tu equipo, además de darle una orientación práctica para dirigir a tu iglesia.

A medida que leas cada página, te invito a hacerlo con lentitud. Permite que sea el libro el que te lea a ti. En otras palabras, invita al Espíritu Santo a desafiarte con una visión de cómo tu iglesia y tu ministerio pueden convertirse en un lugar de transformación y misión de largo alcance del mundo para Cristo. Detente en el camino cuando Dios te hable. Tal vez quieras escribir un diario. Y lo más importante de todo: responde a las

invitaciones que Dios te hará a lo largo del camino. Te sugerimos que utilices la guía de discusión gratuita que se halla en www.emocionalmentesano.org para poder analizar el libro con tu equipo.

Mi oración por ti es que Dios tenga un encuentro nuevo con tu persona a medida que recorres estas páginas, de manera que te equipes a ti mismo y a tu ministerio para partir de un punto de transformación, de tal forma que «así como las aguas cubren los mares, así también se llenará la tierra del conocimiento de la gloria del SEÑOR» (Habacuc 2:14).

Primera parte:

El estado actual del discipulado

Capítulo 1:

Los cuatro fallos que socavan la profundidad del discipulado

En su libro éxito de ventas *El hombre que confundió a su esposa con un sombrero*, Oliver Sacks relata la historia de una mujer que vivió durante décadas dentro de un sistema familiar que la mantuvo atascada e inmadura.¹

Se llamaba Madeleine y llegó al Hospital St. Benedict en 1980 a la edad de sesenta años. Había nacido ciega y con parálisis cerebral. A lo largo de toda su vida su familia la había protegido, atendido y tratado como una niña. Lo que sorprendió a Sacks, el neurólogo que estaba a cargo de su cuidado, era que se trataba de una persona sumamente inteligente, que hablaba con soltura y elocuencia, pero que no era capaz de hacer nada con las manos.

—Usted ha leído mucho —le hizo notar—. Debe estar realmente familiarizada con el sistema Braille.

—No, no lo estoy —le contestó ella—. Alguien hizo todas esas lecturas para mí . . . Yo no sé leer Braille, ni una sola palabra. No puedo hacer *nada* con las manos; son totalmente inútiles.

Ella las levantó en alto.

—Son unas inútiles masas de carne sin esperanza; ni siquiera siento que formen parte de mí.

Sacks se sintió espantado. Pensó para sí: *Por lo general, las manos no son afectadas por la parálisis cerebral*. Al parecer, sus manos tendrían el potencial de ser perfectamente normales. . . pero no era así. ¿Acaso podría ser que no fueran funcionales, que resultaran «inútiles», porque ella nunca

las había usado? ¿Le harían las cosas siempre de una manera tal que evitó que ella desarrollara un par de manos normales?

Madeleine no recordaba haber usado nunca las manos. De hecho, Sacks observa: «Nunca se había alimentado a sí misma, ni usado el baño por sí sola, o alcanzado algo para ayudarse a sí misma, sino que siempre dejaba que otras personas la ayudaran». Había vivido durante sesenta años como si fuera un ser humano carente de manos.

Esto hizo que Sacks probara con un experimento. Les indicó a las enfermeras que le llevaran la comida a Madeleine, pero que se la dejaran un poco lejos de su alcance, como si eso hubiera ocurrido por accidente.

Esto es lo que escribe: «Y un día sucedió lo que nunca antes había sucedido. Impaciente y con hambre, en lugar de esperar pasivamente y con paciencia, extendió un brazo, fue palpando, encontró una rosquilla y se la llevó a la boca. Esa fue la primera vez que usaba las manos; su primer acto manual en sesenta años».

A partir de ese momento, Madeleine progresó con rapidez. Pronto comenzó a extender las manos para tocar el mundo entero, explorando

comidas diferentes, envases, instrumentos. Pidió que le llevaran arcilla y comenzó a hacer modelos y esculturas. Hasta comenzó a explorar rostros y figuras de seres humanos.

Hablando de sus manos, Sacks escribe: «Uno sentía que no eran solo las manos de una mujer ciega que exploraba, sino las de una artista ciega, una mente capaz de meditar y creativa que se acababa de abrir plenamente a la realidad sensitiva y espiritual del mundo».

El arte de Madeleine se desarrolló hasta el punto de que, al cabo de un año, era localmente famosa y conocida como «La escultora ciega de St. Benedict».

¿Quién se habría imaginado que una artista tan talentosa y una persona tan asombrosa yacieran escondidas dentro del cuerpo de aquella mujer de sesenta años, que no solo había sufrido por múltiples limitaciones físicas, sino que también había sido «incapacitada» por los mismos que pensaban que la estaban cuidando?

Esta es una sorprendente historia en sí misma, pero al mismo tiempo ilustra una dinámica perturbadoramente similar que funciona en nuestras iglesias. Son demasiadas las personas que han sido tratadas como bebés en su discipulado, hasta el punto de que se han vuelto prácticamente casi incapacitadas en lo espiritual. Como consecuencia, aceptan sin vacilar una fe que les promete libertad y abundancia en Jesús, y sin embargo, nunca parecen notar que permanecen atrapadas, sobre todo en formas no bíblicas

de tratarse a sí mismas y a los demás. Se encogen de hombros, como diciendo: «Es inútil. No puedo hacer nada acerca de eso. Así es como yo soy».

El problema al que me refiero, calificándolo de discipulado superficial, no tiene nada de nuevo, aunque sí ha empeorado y se ha profundizado a lo largo de los años.² Cuando acepté la fe, hace ya cuarenta y cinco años, había una expresión popular para describir a la iglesia, afirmando que tenía un kilómetro de ancho y un centímetro de profundidad. Ahora yo la modificaría, diciendo que tenemos un kilómetro de ancho y menos de medio centímetro de profundidad.³

Esto no quiere decir que no se hayan producido intentos por invertir esta dinámica. De hecho, a medida que he trabajado con iglesias del mundo entero, he presenciado muchos esfuerzos alentadores para resolver nuestra difícil situación: reuniones de oración con el fin de pedir un avivamiento, vida de comunidad deliberada, un énfasis renovado en la lectura de las Escrituras, mayor dedicación a la guerra espiritual, cultos de adoración deslumbrantes, un redescubrimiento del poder sobrenatural de Dios, una conexión creciente con los pobres y los marginados, y más.

Todas esas cosas son valiosas. Sin embargo, ninguna de ellas responde con éxito la pregunta fundamental: *¿cuáles son los fallos que hay debajo de la superficie que socavan el discipulado profundo e impiden que las personas lleguen a ser espiritualmente maduras?*

A lo largo de los últimos veinticinco años, he tenido la oportunidad de reflexionar larga y profundamente sobre este interrogante y acerca de los sistemas de discipulado que han mantenido inmaduras a las personas por tanto tiempo. Esto lo he hecho siendo pastor principal de una iglesia local y en mi trabajo alrededor del mundo con diferentes denominaciones y movimientos, en zonas urbanas, suburbanas y rurales, y atravesando barreras raciales, culturales y económicas. En medio de todo esto, me he llegado a convencer de que la formación de un tipo de discipulado firme y profundo para nuestra gente exige que resolvamos por lo menos cuatro fallos fundamentales:

1. Estamos tolerando la inmadurez emocional.
2. Insistimos más en *hacer para* Dios que en *estar con* Dios.
3. Ignoramos los tesoros de la historia de la iglesia.
4. Tenemos una definición errónea de lo que es el éxito.

Resulta vital que comprendamos el trasfondo y las consecuencias de cada uno de estos fallos. ¿Por qué? Porque sin una clara comprensión de lo profunda que es nuestra situación, no nos quedaremos comprometidos con la solución a largo plazo que hace falta para reparar por completo el amplio daño que esos fallos están causando en nuestras iglesias.

Así que comencemos por las raíces de un sistema de discipulado que con demasiada frecuencia tiene por consecuencia que la gente sea menos íntegra, menos humana y menos parecida a Jesús, en lugar de ser más íntegra, más humana y más parecida a Jesús.⁴

FALLO 1: ESTAMOS TOLERANDO LA INMADUREZ EMOCIONAL

Con el tiempo, nuestras expectativas en cuanto a lo que significa ser «espiritual» se han desdibujado hasta el punto de que nos hemos quedado ciegos a muchas incoherencias evidentes. Por ejemplo, hemos aprendido a aceptar que alguien:

- Puede ser un excelente orador para Dios en público y un cónyuge falto de amor o un padre airado en el hogar.
- Puede funcionar como líder y sin embargo ser incapaz de aprender de otra persona, mostrarse inseguro y estar siempre a la defensiva.
- Puede citar la Biblia con soltura y aun así no ser consciente de su propia facilidad para reaccionar.
- Puede tener la costumbre de ayunar y orar y no obstante ser crítico ante los demás, justificando sus críticas como casos de discernimiento.
- Puede ser líder de las personas «para Dios» cuando en realidad la motivación primaria sea una enfermiza necesidad de ser admirado por los demás.
- Puede sentirse herido por el comentario de un colaborador y justificar el no decir nada, porque quiere evitar los conflictos a toda costa.
- Puede servir de manera incansable en diversos ministerios y sin embargo sentirse resentido, porque no tiene tiempo suficiente para cuidar de sí mismo de una forma saludable.
- Puede dirigir un ministerio de grandes dimensiones con poca transparencia, compartiendo muy pocas veces sus luchas y debilidades.

Todos estos puntos sirven de ejemplos de lo que es la inmadurez emocional en acción, y sin embargo no los vemos como las contradicciones evidentes que son en realidad. ¿Por qué? Porque hemos desconectado la salud emocional de la salud espiritual. ¿De dónde sacamos la idea de que es posible ser espiritualmente maduro al mismo tiempo que se sigue siendo emocionalmente inmaduro? La respuesta presenta diversas facetas, pero aquí me quiero centrar en dos razones significativas.

NUESTROS CUATRO FALLOS

1. **Tolerar la inmadurez emocional.**
 2. Insistir más en *hacer para* Dios que en *estar con* Dios.
 3. Ignorar los tesoros de la historia de la iglesia.
 4. Tener una definición errónea de lo que es el éxito.
-

Razón 1: Hemos dejado de medir nuestro amor a Dios por el grado en que amamos a los demás

Jesús se centró repetidamente en lo inseparables que son el amor a Dios y el amor a los demás. Cuando le preguntaron cuál es el mayor de todos los mandamientos, identificó a dos de ellos: amar a Dios y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:34-40).

El apóstol Pablo hizo notar esto mismo en su primera epístola a la iglesia de Corinto. Les advirtió que una gran fe, una gran generosidad, incluso unos grandiosos dones espirituales, sin amor, no valen para *nada* (1

Corintios 13:1-13). En otras palabras, si las personas que nos rodean sienten continuamente que somos inaccesibles, fríos, inseguros, que estamos a la defensiva, rígidos o amigos de criticarlo todo, las Escrituras nos declaran espiritualmente inmaduros.

La expresión más radical de las enseñanzas de Jesús acerca del amor constituye también uno de sus principios fundamentales: «Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen. . . Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa recibirán?» (Mateo 5:44, 46). Para Jesús, los enemigos no eran interrupciones a la vida espiritual, sino que con frecuencia se convertían en el medio mismo por el cual podemos

experimentar una comunión más profunda con Dios. Esa es una de las razones por las cuales él lanzaba advertencias severas como esta: «No

juzguen a nadie, para que nadie los juzgue a ustedes» (Mateo 7:1). ⁵ Jesús sabía lo fácil que sería para nosotros evitar el difícil trabajo de amar a las personas.

Jesús invirtió de manera radical las enseñanzas de los rabinos del siglo primero, que insistían en la relación con Dios a expensas de la relación con los demás. Si alguien estaba adorando, y se daba cuenta de que alguna persona tenía algo en su contra, los rabinos enseñaban que podía terminar su adoración a Dios (puesto que Dios siempre va primero) y después reconciliarse con la otra persona. Jesús invirtió esa enseñanza al decir: «Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:23-24).⁶

Lo que Jesús enseñó y modeló fue que nuestro amor a Dios se medía por el grado en el cual amáramos a los demás. De hecho, expresó esto con tanta claridad, que habría sido impensable para sus seguidores pensar algo distinto. Y sin embargo, eso hicieron, y también lo hacemos nosotros.

Lamentablemente, esa clase de sistema de discipulado no estuvo presente en mi primer desarrollo en el discipulado y el liderazgo. El hecho de no saber medir mi amor a Dios por medio de mi amor a los demás limitó gravemente mi crecimiento espiritual y emocional durante los diecisiete primeros años de mi vida cristiana. Aunque se me disciplinó en las prácticas espirituales, las personas más cercanas a mí (comenzando por mi esposa, Geri), no me consideraban cada vez más amoroso con cada año que pasaba. De hecho, mientras más aumentaban mis responsabilidades en el liderazgo, más impaciente e irritable me volvía con aquellos que no estuvieran de acuerdo conmigo o retardaran mis esfuerzos por ensanchar el reino de Dios.

Razón 2: Elevamos lo espiritual y desconfiamos de lo emocional

La mayoría de los cristianos valoran lo espiritual por encima de todos los demás aspectos de la humanidad que nos ha dado Dios: lo físico, lo emocional, lo social y lo intelectual.

Esta costumbre de darle prioridad a lo espiritual se podría remontar a la influencia de un filósofo griego llamado Platón, el cual vivió varios siglos antes de Cristo. Su influencia en numerosos líderes dentro de la historia de

la iglesia sigue causando un impacto hoy en medio de nosotros. Su mensaje, que más tarde entraría a formar parte del pensamiento de los

cristianos en los primeros tiempos de la iglesia, era este en esencia: «El cuerpo es malo. El espíritu es bueno». En otras palabras, todo aspecto de nuestra humanidad que no sea espiritual resulta sospechoso en el mejor de los casos, y esto incluye a las emociones. De hecho, ser alguien emocional, si no es pecado, al menos es inferior a lo espiritual.⁸ Esta manera de pensar

limita gravemente la esfera de lo aceptable en nuestra vida para Dios a determinadas actividades espirituales, como orar, leer las Escrituras, servir a los demás o asistir a un culto de adoración.

El problema es que somos mucho más que seres espirituales.⁹ En Génesis 1:26-27 aprendemos que estamos hechos a imagen de Dios; que somos a un tiempo integrales y multifacéticos. Ciertamente, esa integridad incluye el aspecto espiritual de lo que somos, pero también incluye las dimensiones física, emocional, social e intelectual.

Los desarrollos poco saludables son inevitables cuando no nos podemos entender a nosotros mismos como personas integrales. Sin embargo, por alguna razón, persistimos en exaltar lo espiritual por encima de lo emocional. Con el tiempo, esta mentalidad ajena a la Biblia nos ha llevado a una manera de ver las cosas que considera a las emociones (en particular la tristeza, el temor y la ira) no solo como inferiores a lo espiritual, sino como *opuestas* al Espíritu. En la mente de muchos, la decisión de cerrarse a las emociones ha sido elevada en realidad a la categoría de virtud. Negarse a sentir ira, hacer caso omiso del dolor, pasar por alto la depresión, huir de la soledad, evitar las dudas y negar la sexualidad son cosas que se han convertido en una manera aceptable de llevar adelante nuestra vida espiritual.

LOS CINCO ASPECTOS DEL SER HUMANO



Muchos líderes cristianos con los que me encuentro son emocionalmente insensibles. Tienen poca o ninguna consciencia de sus sentimientos. Cuando les pregunto cómo se sienten, es posible que usen las palabras «Me siento», pero lo que me informan no es más que una declaración intelectual sobre los hechos o lo que piensan. Sus emociones se hallan en un estado de congelación profunda. Su lenguaje corporal, su tono de voz y sus expresiones faciales indican que hay emociones presentes, pero que no están lo suficientemente conscientes de ellas para identificarlas.

Presencí esto recientemente en una conversación con un pastor que estaba físicamente exhausto y emocionalmente agotado por las exigencias de su nuevo ministerio. Con el rostro fijo en el suelo y los hombros caídos, contaba las tensiones de los tres meses anteriores. Cuando lo invité a escuchar sus propios sentimientos y le sugerí que Dios le podría estar hablando a través de ellos, me miró como si yo tuviera dos cabezas.

«¿De qué está hablando usted?», me preguntó.

~~No tenía manera de conectar lo que estaba experimentando emocional y físicamente con su liderazgo o su relación con Dios.~~

Como muchos otros, este pastor se estaba perdiendo la rica dimensión que se abre en nuestra relación con Jesús cuando aceptamos las emociones como uno de los aspectos esenciales de nuestra humanidad. En su libro *El grito del alma*, el psicólogo Dan Allender y el teólogo Tremper Longman III lo describen de esta manera:

Ignorar nuestras emociones es darle la espalda a la realidad; escuchar a nuestras emociones es algo que nos lleva a esa realidad. Y en la realidad es donde nos encontramos con Dios. . . Las emociones son el lenguaje del alma. Son el clamor que le da voz al corazón. . . No obstante, es frecuente que hagamos oídos sordos, por medio de la negación de lo emocional, su distorsión o su desconexión. . . Al descuidar nuestras emociones intensas, somos falsos con nosotros mismos y nos perdemos una maravillosa oportunidad de conocer a Dios.¹⁰

Lamento que las iglesias que me moldearon insistieran tanto en la pecaminosidad de mi corazón y mis emociones. Al principio me sentía culpable solo por permitirme sentir. Hasta me preguntaba si no estaría traicionando la fe. Pero lo que descubrí más tarde fue que en realidad estaba traicionando las creencias ajenas a la Biblia que la iglesia había desarrollado acerca de las emociones.

Creía firmemente que Jesús era tanto plenamente Dios como plenamente hombre. Sin embargo, raras veces tenía en cuenta la humanidad

de Jesús, o lo que es más, mi propia humanidad. Cuando reviso mis anotaciones del diario y las oraciones escritas de los primeros tiempos como cristiano y pastor, me confirman que el Jesús que yo adoraba y seguía después de todo no era muy humano.

Tampoco lo era yo.

Ignoraba mis límites humanos y corría en mi confusión a hacer más y más cosas para Dios. Consideraba mis sentimientos negativos, como la ira o la depresión, algo contrario a Dios y los evitaba. Así caí en la trampa de vivir como si pasarme todo el día en la oración y la Palabra fuera más espiritual que limpiar la casa, escuchar a Dios, cambiarle los pañales al bebé o cuidar de mi cuerpo.

El Jesús que yo adoraba era muy Dios y poco ser humano. De alguna manera me pasaba por alto los relatos que revelaban la forma tan libre en que Jesús expresaba sus emociones sin sentir vergüenza. Derramaba lágrimas (Lucas 19:41). Sentía angustia (Marcos 14:34). Se airaba (Marcos

3:5). Sentía compasión (Lucas 7:13). Manifestaba asombro y se maravillaba (Lucas 7:9).

Durante diecisiete años, ignoré el componente emocional de mi búsqueda de Dios. El enfoque de un discipulado solo espiritual procedía de las iglesias y los ministerios que le habían dado forma a mi fe, y carecía de la teología y el entrenamiento necesarios para ayudarme en este aspecto. No importaba cuántos libros leyera o a los seminarios que asistiera. Tampoco importaban los años que pasaran, lo mismo daría que fueran diecisiete u otros cincuenta. Seguiría siendo un bebé emocional mientras no reconociera la parte emocional de la imagen de Dios en mí. El fundamento espiritual sobre el cual había edificado mi vida, y había enseñado a otros a hacerlo, estaba resquebrajado. Y no tenía forma de esconderlo de aquellos que estaban más cercanos a mí.

FALLO 2: INSISTIMOS MÁS EN *HACER PARA DIOS* QUE EN *ESTAR CON DIOS*

Uno de los mayores desafíos que enfrenta todo el que es líder de un ministerio consiste en lograr un equilibrio entre *hacer para Dios* y *estar con él*. En nuestro esfuerzo por servir a Dios, la mayoría de nosotros terminamos en realidad escatimando en nuestra relación con él. Andamos en un estado continuo de prisa, batallando por sacar el mejor uso posible de

todo minuto libre. Terminamos exhaustos nuestro día por tratar de resolver las interminables necesidades que nos rodean. Entonces, nuestro «tiempo libre» está repleto de más exigencias aún, en una vida ya sobrecargada.

Entre nosotros hay quienes son realmente adictos, no a las drogas ni al alcohol, sino al derroche de adrenalina que produce el *hacer*. Si leemos algo acerca de la necesidad de descansar para reponer fuerzas, sentimos temor por las tantas cosas que podrían derrumbarse si lo hacemos. De manera que seguimos adelante. Y en ese estado de prisa y agotamiento, nos quedan muy poco tiempo o muy pocas energías para invertirlos en nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, o con los demás. Como consecuencia de esto, nuestra propia vida permanece mayormente sin cambio alguno, y la única cosa que tenemos para darles a los que guiamos es nuestro discipulado superficial.

Con el paso del tiempo, el privilegio de guiar a otros se va convirtiendo en una verdadera carga, una carga que violenta nuestra propia alma. Las interminables necesidades que se lanzan rutinariamente contra nosotros nos dejan irritables. Nos volvemos personas resentidas. Nos sentimos atascados en una mala situación y desconectados de Dios.

NUESTROS CUATRO FALLOS

1. Tolerar la inmadurez emocional.
 2. **Insistir más en *hacer para Dios* que en *estar con Dios*.**
 3. Ignorar los tesoros de la historia de la iglesia.
 4. Tener una definición errónea de lo que es el éxito.
-

Así eran las cosas en mis primeros años como líder. Sentía una sobrecarga en la que tenía demasiado que hacer en un tiempo demasiado corto. Además de la preparación de los mensajes, era demasiado poco el tiempo que usaba para reflexionar en las Escrituras, o para permanecer en silencio y quietud con Dios. Raras veces reflexionaba ante él en mis fallos y mis debilidades. Estar con Jesús solo para disfrutar de él, sin tener en esos momentos el propósito de servir a otras personas, era un lujo que sentía que no me podía permitir.

No era solo mi capacidad para estar con Jesús la que se hallaba en peligro, sino también mi capacidad para estar conmigo mismo y los demás.

Pensemos en esto: ¿cómo podría estar en comunión con otras personas si no estaba en comunión conmigo mismo? ¿Cómo podría tener una relación sana con los demás si no tenía una relación sana conmigo mismo? ¿Y cómo podría tener una relación íntima con los demás cuando no tenía intimidad conmigo mismo?

El reto a la vida espiritual de *hacer para* versus *estar con* no tiene nada de nuevo, ni es exclusivo de los líderes en el ministerio. Al menos, es tan antiguo como las mismas Escrituras, en particular en el icónico pasaje sobre María y Marta.

Tenía ella [Marta] una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba lo que él decía. Marta, por su parte, se sentía abrumada porque tenía mucho que hacer. Así que se acercó a él y le dijo:

—Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sirviendo sola? ¡Dile que me ayude!

—Marta, Marta —le contestó Jesús—, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará (Lucas 10:39-42).

Marta estaba sirviendo activamente a Jesús, pero se estaba perdiendo su presencia. En esos momentos, su vida se encontraba definida por el deber: por el «debo» y el «tengo que», las presiones y las distracciones. Sin embargo, su dedicación a sus deberes la había desconectado de su amor por Jesús. De hecho, el problema de Marta iba mucho más allá de su ajetreo del momento. Su vida misma no tenía un centro fijo y estaba fragmentada. Sospecho que aunque ella se hubiera tomado un tiempo para estar a los pies de Jesús, allí mismo habría seguido distraída. Era una persona sensible,

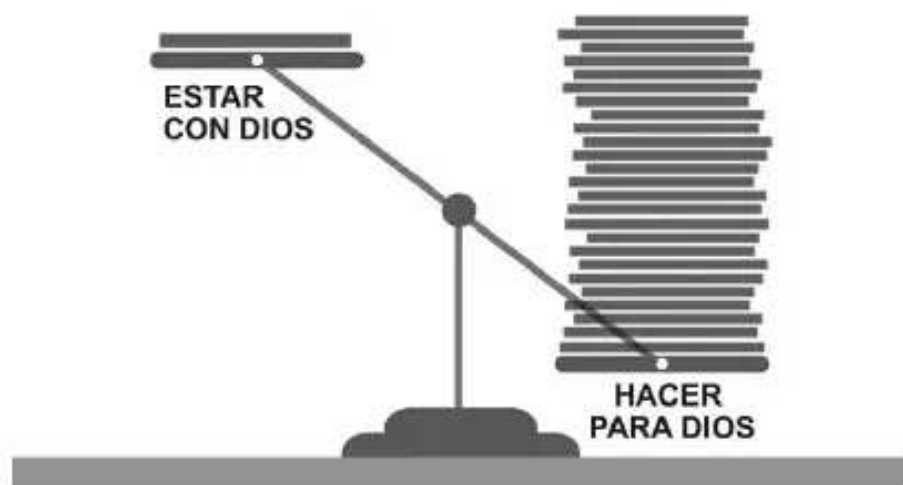
irritable y ansiosa. Una de las señales más seguras de que su vida no estaba en orden es el hecho de que hasta le dijo a Jesús lo que él tenía que hacer: «¡Dile que me ayude!».

En cambio, María era activa, pero de una forma diferente. Se había sentado a los pies de Jesús para escucharle. Se centró en *estar con* Jesús, disfrutando de su comunión con él, amándolo. Ella se mantuvo atenta, dispuesta, deleitándose en su presencia. Se había dedicado a una espiritualidad más lenta, cuya prioridad era *estar con* Jesús antes que *hacer para* Jesús.

María tenía un centro de gravedad: Jesús. Sospecho que si ella se hubiera levantado para ayudar con las numerosas tareas de la casa, no se habría sentido incómoda o preocupada por los mismos preparativos que

distraían a su hermana. ¿Por qué? Porque ella había sabido estar lo suficientemente tranquila como para enfocarse en Jesús y centrar su vida en él. Esa es la «cosa mejor» a la que él se refería.

Cuando comencé mi vida cristiana, me parecía mucho a María. Me había enamorado de Jesús. Les daba gran valor a mis tiempos a solas con él, leyendo la Biblia y orando. Sin embargo, casi de inmediato, mi *hacer para* Jesús se desequilibró con respecto a mi *estar con* Jesús. Quería pasar más tiempo con él, pero sencillamente había mucho por hacer. Mi desequilibrada balanza tenía el siguiente aspecto:



Con frecuencia, me sentía descentrado. Al principio se me había enseñado lo importante que era el tiempo de quietud o devoción para alimentar mi relación personal con Cristo, pero sencillamente aquello no me parecía suficiente para superar otro mensaje que se me había enseñado: que debía estar sirviendo activamente a Jesús con mis dones y haciendo muchas cosas para él. El mensaje de servir venció al mensaje de ir más lento a fin de tener tiempo con Dios.

Cuando discipulamos o guiamos a otros, esencialmente lo que hacemos es entregarles lo que somos; en concreto, lo que somos en Dios. Damos lo que somos en nuestro interior, damos nuestra presencia, damos nuestro caminar con Jesús. Esto significa que solo podemos dar lo que poseemos, lo cual es la vida que en realidad vivimos a diario. ¿Cómo podrían ser las cosas de otra manera?

Por lo tanto, ¿qué es lo que tenemos para dar?

La respuesta en el caso de muchos es que no podemos dar gran cosa. El trabajo para Dios que no va alimentado por una profunda vida interior con Dios termina deteriorándose, y a nosotros con él. Con el tiempo, nuestro